

Después su pensamiento se trasladó al rostro tranquilo de Taras y al de Liubov que se inclinaba ansiosa sobre su padre. Experimentaba celos y una gran tristeza.

«¿Quién tendrá para mí esa mirada?... Ni un alma...»

Y volvió á la vida real cerca de los barcos en el muelle, despertado por el ruido del trabajo.

Se llevaban, se arrastraban mercancías y bultos en todas direcciones. Todos circulaban atareados, de prisa, fustigando los caballos, irritándose y gritando, llenaban la calle de agitación y de ruido ensordecedor. Barcos enormes esperaban ya amarrados al muelle y lanzaban espesos torbellinos de humo.

—¡Excelencia, exclamó una voz aguardentosa al mismo oído de Tomás, dignás socorrer á un pobre borracho!

Tomás miró al mendigo con indiferencia: era un pillete enorme, barbudo, la camisa en jirones, el rostro abotagado y cubierto de contusiones.

—¡Lárgate! articuló Tomás dando media vuelta.

—¡Traficante asqueroso, morirás y no te llevarás el dinero contigo! Dame para beber un vasito. ¿Te da pereza de meter la mano en el bolsillo?

Tomás le miró de nuevo y vió que estaba cubierto de barro, hecho jirones, medio borracho aún. Esperaba inmóvil, obstinado, los ojos hinchados é injectados en sangre.

—¿Es ese modo de pedir? le dijo Tomás.

—¿Qué quieres... que me arroje de rodillas ante tí por diez kopeks?... respondió el hombre audazmente.

—Toma, dijo Tomás poniéndole una moneda en la mano.

—¡Gracias! ¡quince kopeks!... ¡gracias! Si me das

otro tanto iré á cuatro pies hasta la taberna frente, ¿quieres?

—¡Vaya, lárgate! replicó Tomás rechazándole.

—Os lo propongo, dijo el mendigo; pero si no lo aceptáis todo es beneficio para mí.

Tomás le siguió con la mirada y se dijo:

«Hé ahí un perdido, y sin embargo, ¡qué audacia! Pide limosna como si reclamase un débito. ¿De dónde sacan tanta desvergüenza?»

Y se respondió con un gran suspiro:

«¡La sacan de su libertad!... Este no tiene amo... ¿qué tiene que temer? Y yo, ¿qué tengo que temer? ¿Y qué puedo yo sentir?»

Estas dos últimas preguntas abismaron á Tomás en una gran perplejidad. Seguía admirando la actividad del puerto, diciéndose sin cesar: «¿Qué puedo yo lamentar? ¿qué tengo que temer? Debo creer que abandonado á mi sola iniciativa, soy absolutamente incapaz de afirmar mi personalidad... No sería nunca más que un imbécil en la sociedad de los demás... la burla y el empacho de todos... ¡Ah! si pudiesen aborrecerme, rechazarme, entonces... ¡oh! entonces... sería libre como el aire... Me vería forzado á huir de todo el mundo...»

Sobre uno de los puentes resonaba desde hacía tiempo el canto alegre de los marineros. Los hombres de carga se libraban á un trabajo que exigía movimientos rápidos y ellos les acompañaban con el estribillo de una canción, cuyo ritmo era muy vivo:

Los negociantes ricos en la taberna
Beben licores de los más caros...

cantaba él solo de la *troupe*.

Después el coro seguía. Voces graves cantaban:

¡Más caros, más caros!

Voces más altas respondían:

¡Más caros, más caros!

Tomás prestó oído y se aproximó á los cantores. Vió que los cargadores, puestos en dos filas, descargaban enormes barricas de salazón que sacaban de la cala del buque, con ayuda de cuerdas.

Sucios, con las rojas camisas desabotonadas, los brazos remangados hasta el codo, el color subido por el trabajo, tiraban alegremente de las cuerdas, acompañando al canto rítmico:

Y los pobres campesinos
no tienen el suficiente vino...

Y el coro repetía con una armonía perfecta:

no tienen el suficiente vino...

Tomás contemplaba este cuadro con una mezcla de placer y de envidia. Las caras afeitadas de los cargadores resplandecían de contento. El trabajo no era pesado y se hacía con gusto. El jefe del coro tenía buena voz. Tomás se dijo que sería dulce tra-

bajar así con buenos camaradas al son de una alegre canción, y después, cansado, tomar un vaso de aguardiente, tragar un buen plato de sopa de coles, con bastante grasa, preparada por la gruesa cantinera de los obreros.

— Más aprisa, amigos míos, más aprisa! gritó de pronto una voz desagradable.

Tomás se volvió.

Un hombre grueso, barrigudo, golpeaba el suelo con su baston. Sus ojillos estaban fijos en los cargadores y decía:

— Gritad, menos, y trabajad más de prisa...

Tenía el rostro y el cuello reluciente de sudor. Se limpiaba sin cesar con la mano izquierda y solaba como si acabase de subir una cuesta.

Tomás le miró con odio y se dijo:

«Los otros trabajan y él suda... Pero yo soy peor aún... Soy la mosca de la cochina... no sirvo para nada...»

Cada nueva impresión daba por resultado recordarle su inutilidad. Todo lo que llamaba su atención contenía algo de ofensivo para su amor propio.

A su lado estaban dos marineros. Uno de ellos, muchacho regordete, de cara roja, decía á su camarada:

— ¡Y de pronto se echan sobre mí! ¡ah! ¡amigo mío! ¡Eran cuatro contra uno sólo! Pero se las he tenido tiesas!... ¡creí que me destrozaban! ¡Un carnero se pone rabioso, si se le arranca la piel! Me arrojé hacia adelante con todas mis fuerzas y han rodado por el suelo...

— ¡A pesar de ello, tú has recibido una hermosa paliza! exclamó el otro marinero.

— Ya lo creo, que me he ganado más de un golpe... ¿Pero que importa? No me han matado... y les doy gracias:

—Ciertamente...

—¡Allá atrás, os digo, demonios! gritó con voz terrible el hombre barrigudo, á dos cargadores que rodaban sobre el puente una barrica de salazón.

—¿Por qué gritas así? le preguntó Tomás con rudeza, pues aquel grito le había sobresaltado.

—No os importa, respondió el hombre mirándole de arriba á bajo.

—¿Ya lo creo... Esa gente trabaja y tú sólo derrites tus mantecas... y te imaginas que tienes el derecho de insultarlos? exclamó Tomás, ya furioso, aproximándose á él.

—Mire... cuídese de su persona...

El individuo abandonó bruscamente su puesto y entró en el escritorio. Tomás le siguió con la vista y abandonó el muelle á su vez, deseoso de buscar querella con alguien, de hacer algo que cambiase sus pensamientos.

«Aquel marinero los rechazó y quedó sano y salvo... él y yo...»

Aquella misma noche volvió á casa de los Maikin. El viejo había salido. Encontró á los hermanos en el comedor, tomando el té.

Cerca de la puerta Tomás reconoció la voz ronca de Taras.

—¿Por qué papá se preocupa tanto él?

Se calló, viendo á Tomás y posó en él su mirada seria y profunda. El rostro de Liubov expresaba á la vez confusión y descontento; sin embargo, se dirigió á Tomás con el deseo evidente de excusarse y le dijo:

—¡Toma, eres tú!

«Se trataba de mí», se dijo Tomás sentándose á la mesa.

Taras bajó los ojos y se abismó en su butaca.

Un silencio embarazoso reinó en la habitación,

Tomás estaba encantado de comprender que les incomodaba.

—¿Vas tu á la comida? preguntó por fin Liubov.

—¿Qué comida?

—¿No sabes nada? Kononoff hace bendecir un nuevo barco... Habrá un Te-Deum y además se paseará en el Volga...

—No estoy invitado, dijo Tomás.

—Nadie está invitado... Ha dicho sencillamente en la Bolsa, «¡qué vengan los que quieran honrarme con su presencia!»

—¡Yo no quiero!

—¡De veras! Habrá un festín monstruo, insinuó Liubov, echándole una ojeada.

—Puedo emborracharme á mi costa... si tengo ganas.

—Lo sé, dijo Liubov, con gesto expresivo.

Taras los miraba de reojo y jugaba con la cucharilla del té, dándole vueltas entre sus dedos.

—¿Dónde está mi padrino? preguntó Tomás.

—Está en el Banco... Hay reunión del Consejo, hoy... se debe nombrar Presidente...

—¿Se le elegirá?

—Naturalmente.

Por segunda vez la conversación se extinguió.

Liubov limpiaba las tazas del té: su rostro tenía una expresión grave y sus movimientos eran lentos. Taras se había levantado y se paseaba á lo largo de la sala. Se detenía ante las víctimas examinaba la vajilla, silbaba, tecleaba con los dedos en los cristales, los ojos ligeramente cerrados. La péndola aparecía y desaparecía tras la ranura en cristales del reloj, semejante á una faz alegre y cortaba el silencio con golpes sordos, monótonos. En ciertas miradas interrogadoras y mal veladas que Liubov le asestaba, Tomás comprendió que esperaba impacientemente que se retirase.

—Esta noche, duermo en vuestra casa, dijo él sonriendo. Tengo que hablar con mi padrino. Además, me aburro mucho en mi casa...

—Entonces ve á decir á Marta que te prepare el cuarto del rincón, replicó vivamente Liubov.

—Eso es.

Y se levantó, pero apenas había salido de la habitación, oyó una pregunta dirigida en voz baja, por Taras á su hermana.

«¡Hablan de mí!» pensó.

Una mala idea atravesó su mente:

«Si escuchase... lo que dicen las gentes de talento...»

Y tuvo una risa apagada y de puntillas entró en el cuarto vecino. No estaba alumbrado, pero la luz se filtraba á través de la puerta entre-cerrada y dibujaba en el suelo una raya blanca. Tomás se deslizó con precaución hacia la puerta, latándole el corazón de malsana alegría... Allí quedóse inmóvil...

—Una persona bien débil, decía Taras.

Liubov respondió de prisa y en voz baja:

—¡Siempre está de juerga! Una conducta vergonzosa... Le ha dado de repente... Ha empezado por pegar al yerno del vicegobernador, en el círculo. Papá se ha movido bien para ahogar este escándalo, y dichosamente, resultó que el señor no era de gran influencia... Era un hombre que vivía del juego... un personaje bastante despreciable. A pesar de ello, papá ha tenido que desembolsar más de dos mil rublos. Y mientras que él se ocupaba de arreglar este asunto, Tomás trató y faltóle poco para ahogar á toda una reunión en el Volga...

—¡Ja, ja, ja! ¡qué monstruo! Y un hombre así se preocupa de la razón del sentido de la vida...

—En otra ocasión se paseaba en barco con gentes de su calaña. Se divertían, se bebía, cuando de

repente gritó él: «¡Rogad á Dios! ¡Os echo á todos al agua!» Está dotado de unas fuerzas espantosas. Aquellos individuos gritaban, naturalmente... pero él les respondía: «¡Quiero servir á mi patria, quiero desembarazar á la tierra de un puñado de miserables!...»

—¡Ah!... es verdaderamente original.

—¡Un hombre terrible! ¡Cuántas extravagancias de bruto no ha hecho estos últimos años!... ¡Cuánto dinero tirado!

—Y dime ¿es mi padre quien se ocupa de sus negocios? ¿En qué condiciones?

—No sé. Tiene una procuración general. ¿Por qué preguntas eso?

—Por nada... Es un negocio hermoso. Es cierto que se ha montado á la rusa, es decir, abominablemente mal. A pesar de eso, es un negocio de primer orden. Si se tomase como se debe, sería una mina inagotable...

—Tomás no hace nada... todo está en manos de padre.

—¡Si!... entonces perfectamente...

—Sabes, me parece á veces, que esas disposiciones de espíritu, esos discursos de Tomás son sucesos y que vale más de lo que se cree; pero no puedo conciliar su conducta escandalosa con sus palabras y sus razonamientos... No puedo...

—Es completamente inútil que te des ese trabajo... Es un perezoso y un ignorante que busca una excusa á su ociosidad.

—No, á veces es cándido como un niño... Antes de todas estas historias es cuando le ocurría eso.

—Es lo que te digo. No vale la pena de atormentarse por un ignorante y un salvaje, que no quiere salir de la ignorancia y del estado inculto, que no le importa hacer público.

—Eres demasiado severa...

—Sí, soy severa. Se debe serlo. Nosotros los rusos somos todos de una negligencia desesperante. Dichosamente la vida nos fuerza, quieras ó no, á tener continencia... A los jóvenes, sueños é ilusión; á los hombres maduros, ocupaciones serias.

—A veces tengo lástima de Tomás... ¿qué será de él?

—Eso me importa poco... Nada extraordinario, creo, ni bien ni mal... Un muchacho absurdo... que corre á su ruina... ¿qué más quieres? Tanto peor para él. Sus semejantes son raros... hoy el traficante comprende el valor de la instrucción... pero él, tu hermano de leche, perecerá...

—¡Es verdad, señor! dijo Tomás apareciendo en el umbral de la puerta.

Pálido, las cejas fruncidas, la boca torcida en un mohín doloroso, estaba allí, la vista en la vista de Taras y repitió sordamente:

—¡Tienes razón! ¡Pereceré y amén! ¡Ojalá sea pronto!

Liubov dió un salto asustada y corrió á su hermano, que estaba en medio de la habitación, tranquilo, con las dos manos en los bolsillos.

—¡Tomás! ¡oh! ¡qué vergüenza! ¡Has escuchado en la puerta! ¡Oh! ¡Tomás! exclamó ella, avergonzada.

—Cállate, pobre cordero, le dijo Tomás.

—¡Hum! no está bonito escuchar tras las puertas... dijo lentamente Taras, sin quitar los ojos de Tomás.

—¡Seal articuló Tomás con un gesto de indiferencia. ¿Tengo yo la culpa si no puedo conocer la verdad más que por sorpresa?

—¡Vete, Tomás! ¡Te lo suplico! decía Liubov estrechándose contra su hermano.

—¿Tenéis algo que decirme? le preguntó Taras con calma.

—¿Yo? exclamó Tomás. ¿Qué es lo que puedo deciros? Nada absolutamente. Sois vos... Sois vos quien podéis... espero...

—Por consiguiente, ¿no deseáis hablar más conmigo? preguntó de nuevo Taras.

—¡No!

—Me siento dichoso de ello...

Volvió la espalda á Tomás y preguntó á Liubov:

—¿Crees que padre venga pronto?

Tomás le miró y experimentó cierto respeto.

Fuése muy quedo. No experimentaba deseos de meterse en su casa, en aquel caserón donde cada paso despertaba un eco sonoro y seguía la calle, bañada en el crepúsculo gris y frío de un día de fin de otoño. Pensaba en Taras Maiakin. «¡Qué firmeza!.. Conserva de su padre... pero tiene menos agitación... ¡Cuánta malicia debe tener!.. ¡Y Liubov que le tomaba por un santo!... ¡Tonta! ¡Cómo me ha tratado! Un verdadero juez... ¡Ella... es buena para mí!..»

Todos estos pensamientos no despertaban en él ningún sentimiento, ni de odio contra Taras ni de simpatía por Liubov.

Llevaba en su alma como un peso enorme que no podía definir. Este peso se hacía cada vez mayor y le parecía que su corazón estaba inflado y le hacía padecer, como una úlcera que madura. Sentía aquel dolor agudo y lacerante, notaba el progreso que hacía cada día, y no sabiendo como calmarlo, esperaba con apatía lo que le sucediere.

De pronto pasó el coche de su padrino. Tomás distinguió la menuda silueta de Jacob Maiakin, pero sin experimentar ninguna impresión particular. Un farolero le adelantó corriendo, aplicó su escalera á una farola y se deslizó en el asfalto. El hombre se agarró con ambas manos al poste y lanzó ternos. Una joven que lleva una caja de cartón, da con ella á Tomás y se excusa:

—¡Oh, dispense!
Y le miró sin decir nada... Gotitas pequeñas de bruma condensadas en una lluvia finísima, interponían un velo gris ante los escaparates de las tiendas y las luces de los reverberos. El aire era irrespirable.

«¿Habrá que ir á dormir á casa de Ejoff? ¿Beber con él?» se dijo Tomás; y se dirigió hacia el cuarto del periodista sin tener el menor deseo de verle ni de beber.

Encontró á Ejoff en compañía de un joven hirsuto de blusa y de pantalón gris. Aquel hombre tenía un rostro moreno, como ahumado; grandes ojos inmóviles é irritados. Un gran bigote de sargento ocultaba su boca completamente. Estaba replegado en el canapé cogiéndose las rodillas con sus brazos. Ejoff estaba sentado al través del sillón, con las piernas pendientes de uno de sus brazos. En medio de los papeles y de los libros esparcidos se veía una botella de aguardiente, y en el cuarto flotaba un olor de embutidos.

—¿Vagas? exclamó Ejoff percibiendo á Tomás.

Después, designando con un movimiento de cabeza al individuo sentado en el canapé:

—Gordeieff, dijo.

El desconocido arrojó una ojeada hacia Tomás y pronunció con voz chillona:

—Krasnotchckoff..

Tomás se sentó en un rincón del canapé y declaró á Ejoff:

—Voy á pasar la noche en tu cuarto.

—¡Muy bien! Y bien, continúa, Basilio...

Este miró á Tomás de reojo y dijo:

—A mi modo de ver, sois bien injustos con los tontos... Masaniello era un imbécil y sin embargo ha cumplido su deber á las mil maravillas. Un Winkelrid cualquiera era seguramente un imbécil

también... y sin embargo, si no se hubiese ofrecido para recibir á pecho descubierto las picas imperiales, se habría destrozado á los amigos. ¡Y hay tantos idiotas por ese estilo! Pero son héroes á pesar de todo... Mientras que los grandes talentos son unos cobardes. En lugar de combatir el obstáculo con todas sus fuerzas, el hombre inteligente da cien vueltas y se pregunta lo que podrá ocurrir. Para no perecer inútilmente, quédase á la expectativa, en lugar de obrar... ¡El imbécil sí que es valiente! ¡Baja la cabeza y da contra el muro! ¿Que se rompe la cabeza? ¡Tanto peor? Las cabezas de ganado no son caras... pero si hace una brecha en el muro... las gentes de talento la hacen mayor y pasan con todos los honores. ¡Ah! ciertamente, Nicolás Matveitch, la valentía es una hermosa virtud, pero es una virtud de idiota.

—Basilio, tú cuentas tonterías, dijo Ejoff tendiéndole la mano.

—¡Dispensad! replicó Basilio, no soy un lince... pero tampoco soy ciego. Y veo que, con mucha inteligencia, se llega á tocar pocos resultados. Mientras que las personas de talento deliberan, los imbéciles les manejan con el dedo meñique... Y con esto... me voy...

—Espera, dijo Ejoff.

—¡Imposible! Estoy de servicio esta noche... Aposataría á que ya estoy retrasado... Pasaré mañana... ¿no te molestaré?

—¡De ningún modo! ¡Te convertiré!

—Ese es tu oficio.

Basilio se estiró lentamente; se levantó, estrechó con su negra manaza la mano pequeña, pálida y seca de Ejoff y apretó con fuerza.

—¡Adiós!

Hizo una inclinación de cabeza á Tomás y salió casi sin volverse.

—¿Has visto? preguntó Ejoff á Tomás señalando hacia la puerta, detrás de la que resonaban aun pasos pesados.

—¿Quién es?

—El ayuda mecánico Basilio Krasnotchckoff. Toma ejemplo de él: empezó á los quince años á aprender el alfabeto y á los veintiocho ha leído á Dios, sabe muchos libros instructivos, ha aprendido dos lenguas á la perfección... Se va al extranjero.

—¿Para qué? preguntó Tomás.

—Para estudiar... Para ver como viven los demás y tú te enmoheces aquí; ¿con qué objeto?

—Lo que dijo sobre los imbéciles estaba lleno de buen sentido, dijo Tomás pensativo.

—Yo no sé, puesto que no soy un...

—Muy razonable... un hombre obscuro debe obrar bruscamente, caer con toda su balumba y quitar el obstáculo...

—Ya estás con tus ideas, exclamó Ejoff. Dime más bien si es exacto que Maiakín haya recibido á su hijo...

—Sí, es exacto.

—¡Ah!

—Bueno ¿y qué?

—¡Nada!

—¿Pero qué? En tu cara veo que tienes una segunda intención.

—Lo conocemos á ese hijo... hemos oído hablar...

—Y yo le he visto...

—¡Ah! ¿y qué tal es?

—¿Y yo qué sé? no me importa...

—¿Se parece á su padre?

—Es más grueso... más redondo... más grave. Es muy frío.

—Eso equivale á decir: «¡Aun peor que Tashka!» ¡Ah! amigo mío, ten cuidado: te van á robar como en despoblado...

—Tanto mejor...

—Te despojarán de todo, te verás reducido á mendigar... Ese Taras ha arreglado bien á su suegro en Ekaterinburg...

—Que me arregle del mismo modo si quiere, le daré las gracias.

—Vuelves á la misma canción...

—Ya lo creo...

—¿Para tener libertad?...

—Y bien.

—¡Déjate! ¿De qué te servirá la libertad? ¿Qué harás? No vales para nada, apenas si sabes leer y escribir... y apostaría á que ni cortar madera sabes. ¡Ah! ¡yo, si pudiese sólo á quitarme de beber y de comer!

Ejoff se puso de pie, frente á Tomás y empezó á hablar á grandes voces como si declamase versos.

—¡Habría reunido los pedazos de mi alma destrozada y los habría mezclado con la sangre de mi corazón, para vomitarlos en el rostro de nuestros intelectuales que el diablo se lleve! Les habría dicho: «¡Microbios! ¡Sois la savia más preciosa de mi país! Vuestra existencia ha sido pagada con la sangre y las lágrimas de varias decenas de generaciones del pueblo ruso! ¡Oh, vergüenza! ¿Cuánto costáis á vuestro país, y qué hacéis por él? ¿Habéis transformado en perlas las lágrimas de antaño?... ¿qué habéis dado á la vida? ¿qué habéis producido? ¿Os habéis dejado vencer? ¿Qué hacéis? ¡Sois sólo objeto de escarnio!

En un acceso de rabia, con los dientes apretados, miraba á Tomás con fuego y odio, que hacía pensar en la cólera de una fiera.

—Les habría dicho: ¡Discutís mucho, pero sois ininteligentes, débiles y cobardes! Tenéis el corazón empachado de moral y de buenas intenciones, pero es fofo y tibio como algodón. El espíritu de

creación duerme un sueño apacible y profundo, y vuestro corazón no late, sino oscila dulcemente como una cuna. Habría mojado el dedo en la sangre de mi corazón y los habría señalado en la frente con el sello de mi indignación, y ellos, pobres de espíritu, mezquinos en sus deseos, habrían aguantado... ¡Oh! ¡pero cuándo! ¡Mifusta es sólida y mi mano firme! ¡Y amo demasiado para tener lástima! ¡Habrían sufrido! Pero ahora no sufren, pues hablan mucho, muy á menudo y muy alto de sus sufrimientos! ¡mienten! El verdadero dolor es mudo y la verdadera pasión no conoce obstáculos! ¡Ah! ¡las pasiones! ¡las pasiones! ¿Cuándo nacerán en el corazón de los hombres? Todos sufrimos por esta falta de pasiones...

Se ahogaba en un acceso de tos. Tosió mucho, encorvándose en el centro de la habitación, con grandes aspavientos, como si estuviese loco. Después se sentó frente á Tomás, pálido, los ojos inyectados en sangre. Su respiración era difícil y sus labios temblaban, descubriendo dientes pequeños y agudos. Con sus medias melenas, cayéndole sobre el rostro, parecía á un pescado recién sacado del agua... No era la primera vez que Tomás le veía en aquel estado y su exaltación era cada vez mayor. Escuchaba la palabra vehemente del hombrecillo en silencio, sin tratar de penetrar el sentido, sin saber á ciencia cierta, contra quien era dirigida, entusiasmándose sólo con su fuerza. Las palabras de Ejoff eran como salpicaduras de agua hirviente que le caldeaban el alma.

—Les diría á esos miserables ociosos: ¡atención! ¡La vida marcha y os abandona á sus espaldas!

—¡Bien dicho! exclamó Tomás entusiasmado, agitando en su canapé, eres un héroe, Nicolás. ¡Oh! ¡oh! ¡Pégales! ¡No tengas compasión!

Ejoff no tenía necesidad de ser arengado; pare-

cia más aún, que ni siquiera había oído la exclamación de Tomás. Continuaba:

—Conozco la medida de mis fuerzas, sé que se tratará de imponerme silencio. Se me dirá: ¡Chist! Lo dirán razonablemente, reposadamente, se burlarán de mí con altivo desdén... Sé bien que no soy más que un pequeño pajarito, ¡oh! ¡no soy un ruiseñor! Soy un ignorante en comparación de ellos, no soy más que un miserable periodista, bueno, cuando más, para divertir al público... Pero yo los dejaría gritar... ¡Su hálito no pasaría de mis mejillas y mi corazón no cesaría de latir! Y les respondería: ¡Sí, soy un ignorante! y mi primera superioridad sobre vosotros, consiste en no saber ninguna verdad impresa, que valga el valor de un hombre. ¡El hombre, para sí mismo, es el universo entero y viva el sér que lleve en sí al mundo!

«Y vosotros, les diría, vosotros, por una palabra de la que á veces desconocéis hasta el sentido, os hacéis los unos á los otros heridas mortales. Escupís hiel y violáis almas... ¡Ah! creedme, la vida os pedirá cuentas severas. Caerá sobre vosotros como el huracán y os barrerá, os echará de la superficie de la tierra como la lluvia y el viento barren el polvo de los árboles. La lengua humana no posee más que una sola palabra cuyo sentido sea igualmente precioso y claro para el mundo, y esta palabra es: ¡libertad!

—¡Destruyélos! aulló Tomás lanzándose de su asiento y cogiendo á Ejoff por los hombros.

Con la pupila brillante le miraba al rostro y exclamó en un gemido doloroso:

—¡Eh! ¡Nicolás! ¡amigo mío, cómo te compadezco! ¡Ah! ¡Te compadezco más que tú te puedas figurar!

—Pero ¿qué hay? ¿Qué tienes? exclamó Ejoff re-

chazándole, sorprendido por las palabras extrañas de Tomás y perdiendo el hilo de su discurso.

—¡Eh! amigo mío, continuaba Tomás bajando la voz, lo que daba á sus palabras una fuerza persuasiva, ¡eres un alma que vive y perecerás!

—¿Por qué? ¿Quién? ¿Yo? ¿Yo pereceré? ¡Mientes!

—Querido, ¡jamás encontrarás á nadie! A nadie te podrás dirigir. ¿Quién te escucharía? Yo soy el solo...

—¡Vete al diablo! le gritó Ejoff furioso, echándolo á un lado, como si lo hubiese escaldado.

Pero Tomás avanzaba hacia él y continuaba con una tristeza y una convicción profundas:

—¡Habla! ¡Háblame! Llevaré tus palabras donde es necesario... ¡Las comprendo! ¡Ah! ¡Dios! ¡Cómo afrontaría yo á los hombres! ¡Espérate! ¡A mí también me llegará la hora!...

—¡Vete! gimió con voz histérica Ejoff, refugiado en el último rincón del cuarto, apoyado contra la pared. Estaba, sin conocimiento, destrozado, espumeante de rabia y evitando el abrazo afectuoso de Tomás.

En este momento la puerta se abrió y una mujer toda de negro apareció en el dintel. Tenía una expresión de maldad é indignación.

Levantó la cabeza, extendió la mano en dirección de Ejoff y dijo con voz silbante:

—Nicolás Matveitch, dispensad, pero es espantoso. ¡Aullidos de bestia salvaje! ¡Todos los días de Dios! ¡No, no puedo tolerarlo más! Yo también tengo nervios... Tened á bien abandonar la habitación mañana mismo... No habitáis en un desierto... ¡Estáis rodeados de seres humanos! ¡Y eso se llama tener instrucción! ¡Un escritor tiene también necesidad de reposo!... A mí me duelen las muelas... mañana mismo, os lo suplico. Mañana pondré el «se alquila» y enviaré mi declaración á la policía.

Háblale de prisa y la mayor parte de las palabras se perdían en una especie de silbido; no se distinguían más que las que acentuaba con voz penetrante é irritada.

A la vista de aquella figura grotesca y sobreexcitada, Tomás se replegó hacia el canapé, en tanto que Ejoff quedaba en el mismo sitio, se pasaba la mano por la frente y escuchaba con atención sostenida.

—¡Queda dicho! gritaba aún la voz en la escalera. ¡Desde mañana! ¡qué horror!

—¡Diablo! murmuró Ejoff mirando á la puerta con aire embrutecido.

—¡Sí! ¡qué severidad! añadió Tomás estupefacto. Y se sentó de nuevo en el canapé.

Ejoff se alzó de hombros, aproximóse á la mesa y llenó la mitad de un vaso grande de aguardiente que tragó de un golpe. Después se volvió á sentar frente á la mesa y bajó la cabeza. Durante un minuto, ambos permanecieron en silencio.

Tomás dijo al fin tímidamente:

—Pero ¿cómo ha sucedido? No ha habido tiempo ni de decir «Jesús», y mire qué desenlace más inesperado.

—¡Tú! le gritó Ejoff irguiendo la cabeza y fijando en Tomás una mirada furiosa y loca, ¡tú! ¡tú! ¡vete al diablo! Acuéstate... y duerme ¡monstruo! ¡pesadilla! ¡oh!

Le enseñó el puño y se echó más aguardiente.

Unos instantes después, Tomás, completamente desnudo, echado en el canapé y á través de sus párpados medios cerrados, vigilaba á Ejoff. Este continuaba inmóvil en su silla, en una postura lamentable. Tenía los ojos fijos en el suelo y sus labios se movían débilmente. Tomás se sentía muy perplejo. No podía explicarse la cólera de Ejoff. ¿Era contra él? Por la despedida del cuarto no podía ser. El sólo tenía la culpa por gritar tanto.

—¡Oh! ¡Satanás! baluceaba Ejoff rechinando los dientes.

Tomás levantó con precaución la cabeza del almohadón. Ejoff exhaló un profundo suspiro y tendió de nuevo la mano hacia la botella... Tomás propuso entonces con suavidad:

—Vamos al restaurant... No es tarde...

Ejoff le miró y soltó una carcajada extraña. Después, levantándose, dijo á Tomás:

—Vístete...

Ante los movimientos lentos y poco hábiles de Tomás, se irritó impaciente y enojado:

—¡Muérete! ¡Tonto de capirote! ¡Bruto simbólico!

—Déjate de injurias! le respondió Tomás con sonrisa conciliadora; ¿merece eso una mujer que no te ha dicho más que tonterías?

Ejoff le miró, escupió y se echó á reír con risa estridente...

XIII

—¿Estamos todos? preguntaba Ilia Efimovitch Kononoff, de pie en la proa de su nuevo barco, mirando con los ojos radiantes de alegría á la muchedumbre de invitados. ¡Creo que todos han llegado!

Volvió hacia el capitán su enorme cara roja, radiante de satisfacción, y dijo:

—¡Partamos, Pedro!

—Bien...

El capitán quitóse la gorra, descubrió su abulta-

do cráneo calvo, se santiguó; después examinó el cielo, acarició su hermosa barba negra y ordenó:

—¡Atrás!

Todos los invitados, atentos á los gestos del capitán, habían hecho varias veces la señal de la cruz, quitándose los sombreros, lo que produjo el efecto de un vuelo de aves negras pasando por el puente.

—¡Vamos, con la ayuda de Dios! exclamó Kononoff lleno de emoción.

—¡Babor, avante! ordenaba el capitán.

El inmenso barco *Ilia Murometz*, exhaló enorme bocanada de humo blanco, y sin esfuerzo, majestuoso como un cisne, se puso á remontar la corriente.

—¡Qué arranque! dijo uno de los invitados con admiración.

Era Lobo Grigorievitch Reznikoff, un hombre alto, delgado, de aspecto respetable, consejero en la Cámara de comercio.

—¡Ni la más mínima sacudida! Es como una señorita que baila.

—¡Velocidad media!...

—¡Este no es un barco... es un sueño! suspiró piadosamente Efim Zuboff, el macero de la catedral, primer usurero de la ciudad, hombre encorvado y desfigurado por la viruela.

El día estaba pesado. El cielo cubierto de nubes grises, se reflejaba en el río y le daba un tinte metálico. Airoso, reluciente, el barco bogaba sobre la larguísima sábana donde el reflejo de sus colores frescos proyectaba una mancha clara y alegre. Lanzaba hacia el cielo una columna de humo negro que no se disipaba y formaba poco á poco, por encima de él, como una nube sombría. Enteramente pintado de azul, con una chimenea rosa y las ruedas de rojo vivo, avanzaba con facilidad, partiendo el agua y rechazándola hacia las orillas. Los cris-

tales de los tragaluces relucían como espejos y parecían sonreír alegremente...

—¡Señores! exclamó Kononoff, sombrero en mano, ahora que dimos á Dios lo que era debido, demos al César lo que es del César. ¡Músicos!...

Y sin esperar respuesta, sirviéndose de su mano como de un portavoz, gritó:

—¡Adelante la música! tocad *La Gloria*.

La orquesta militar, oculta tras la máquina, dejó oír las primeras notas de la marcha.

Macario Bobroff, el director-fundador del Banco del comercio del pueblo, tarareaba con agradable voz de barítono, marcando el compás sobre su enorme vientre:

—Gloria, gloria á nuestro Czar de Rusia, ¡ta-ra ta! ¡bum!

—¡Señores, á la mesa! ¡Sirvanse pasar! ¡A comer! ¡ja! ¡ja! ¡hacedme esta merced!

Eran una treintena: la flor de la sociedad comerciante de la población, todos gente de posición. Los más ancianos, calvos ó canos, llevaban levitas anticuadas, gorra y botas altas. Pero estos eran poco numerosos. Los sombreros de copa, los botines y los trajes á la moda formaban la mayoría. Todos estaban en la proa del barco y sólo á su pesar cedían á las invitaciones reiteradas de Kononoff.

En la popa, bajo una tienda de campaña, estaba puesta una larga mesa, cubierta de entremeses. Lobo Reznikoff avanzaba de bracero con Maiakín. Inclinado hacia él, le decía algo al oído y Maiakín escuchaba con una leve sonrisa.

Tomás, que á ruegos de su padrino tomaba parte en esta solemnidad, no veía ningún amigo entre todos aquellos individuos que le eran antipáticos, y estaba alejado, triste y pálido. Días antes se había emborrachado de un modo abominable en compañía de Ejóff y estaba indispuerto. Se sentía á dis-

gusto en este núcleo de individuos de buen porte y excelente humor; el sonido de las voces, el rumor de la música, el estrépito de las ruedas, todo le molestaba.

Sentía la imperiosa necesidad de beber un poco para reponerse, y el deseo de saber por qué su padrino se mostrara tan amable con él, llevándole á aquella reunión de los más ricos comerciantes, le llenaba de curiosidad. ¿Por qué había insistido tanto por decidirle, llegando hasta suplicarle viniese á esta comida y al *Te Deum* de Kononoff? Tomás recordaba toda la conversación con su padrino.

—¡Vamos, no seas tonto, ven! ¿Por qué eres tan huraño? El carácter cada cual lo recibe de la naturaleza, y en cuanto á la riqueza, hay pocos que puedan rivalizar contigo... Es necesario mantenerte en tu espera, ¡ven!

—¿Para cuándo la discusión seria, papá? ¿Cuándo hablaremos de negocios? preguntaba Tomás, siguiendo, en el rostro de Maiakín, el juego de sus ojos verdes.

—¿Hablas de tu libertad? ¡ja! ¡ja! ¡ja! Hablaremos, amigo. ¡Eres original! ¡De modo que te harás monje, después de haber abandonado tus bienes, á ejemplo de los santos y los ermitaños! ¿eh?

—Veré, respondió Tomás.

—¡Bueno! ¡Por de pronto, partamos! Prepárate pronto. Lávate esa cara con un trapo mojado: ¡está abotagada! y coge en el tocador de Liuboff un poco de agua de Colonia porque hueles á taberna! ¡Es horrible!

Habiendo llegado al barco cuando empezaba el servicio divino, Tomás estaba en una de las bandas. No había quitado ojo de los comerciantes durante la misa. Todos guardaban un silencio religioso; sus semblantes expresaban el recogimiento y la piedad; oraban con fervor, suspiraban inclinándose

hasta el suelo y elevaban al cielo dulces miradas. Tomás miraba ya al uno, ya al otro, y se acordaba de las historias que corrían acerca de cada uno de ellos.

Lobo Reznikoff: éste empezó como gerente de una mancebía y se ha enriquecido súbitamente. Se decía que había estrangulado á uno de sus clientes, rico propietario de Siberia.. Luboff se ocupaba en los primeros años en comprar cáñamo á los campesinos; había quebrado dos veces... Kononoff había sido perseguido, veinte años antes, por incendio voluntario y estaba procesado por corrupción de menores. En esta acusación estaba también implicado Zachar Robustoff, rico comerciante regordete, de cara redonda y de alegres ojos azules. Era la segunda vez que le acusaban por tan feo motivo... Entre estos individuos, Tomás no veía ninguno sobre cuya conciencia no pesase algo. Y sabía que todos tenían envidia á Kononoff, que, cada año, aumentaba el número de sus barcos. Sabía también que varios estaban á matar con él, que no se tenían lástima en el terreno del negocio y que ninguno de ellos ignoraba las acciones malas y deshonrosas de los demás... Pero en este momento todos estaban al lado de Kononoff y parecían fundidos en una sola masa compacta que vivía y respiraba como un solo hombre. Silenciosos y graves estaban todos allí, rodeados de algo invisible, pero impenetrable, que parecía rechazar á Tomás é intimarle al mismo tiempo.

«¡Bellacos!» pensaba él para darse valor.

Sin embargo, ellos tosían levemente, suspiraban y se santiguaban, se inclinaban y rodeaban al clérigo como un muro viviente, inmutables y firmes, parecidos á enormes piedras negras. «¡Mienten!» se decía Tomás en tanto que á su lado el jorobado y tuerto Pavlín Gutchín, que acababa de despojar á

los hijos de su hermano loco, murmuraba con aire contito, elevando al cielo su ojo único:

— «¡Apíadaos de mí, Dios santo, en vuestra misericordia infinita!

Y Tomás comprendía que aquel hombre imploraba á Dios con toda su alma y que estaba poseído de una fe inquebrantable en la misericordia divina.

— «¡Dios, Señor nuestro! Tú, que ordenaste construir el Arca, salvando al mundo de la destrucción, protege á este barco...» salmodiaba con voz fuerte el sacerdote, elevando al mismo tiempo sus miradas al cielo. «Dios todopoderoso, dale por escolta tus ángeles, que le proporcionarán la paz y la seguridad y dignate extender tu protección sobre todos los que lleva...»

Los traficantes se persignaban á un mismo tiempo con noble ademán y sus rostros expresaban un sentimiento idéntico: el de la eficacia de la plegaria.

Todas aquellas imágenes se habían grabado en el cerebro de Tomás y había excitado su atención hasta el último grado. Se preguntaba cómo aquellos hombres, animados de tan hermosa confianza en la misericordia divina, podían ser tan despiadados hacia sus semejantes. Les vigilaba con atención, deseoso de sorprenderles en flagrante delito de mentira y de hipocresía.

Se sentía irritado de ver su solidaridad, aquella seguridad unánime en sus fuerzas; irritado de ver sus rostros triunfantes y oír sus conversaciones estrepitosas, sus risotadas.

Todos acababan de sentarse á la mesa y miraban con avidez los entremeses que la cubrían y el inmenso esturión de dos metros de largo colocado en el centro, adornado de verdura y de gruesos cangrejos. Trofim Zuboff anudaba su servilleta alrede-

dor del cuello y miraba el pez monstruo con ojos atónitos, diciendo á su vecino el molinero Ion Iuchkoff:

—¡Iona Nikiforovitch! mira... una ballena. Te podría muy bien servir de estuche... ¿eh? ¡ja! ¡ja! ¡ja! Te vendría como un guante, ¿eh? ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Iona, un hombrecito redondo, tendía la mano con mil precauciones hacia un cubo de plata lleno de caviar fresco, se limpiaba los labios y echaba miradas ansiosas hacia las botellas alineadas delante, que temía derribar.

Una media barrica de viejo aguardiente, traído á todo coste de Polonia, estaba colocado frente á Kononoff sobre un tripode. Una cubeta gigantesca, con aros de plata, contenía las ostras y por encima de todo se elevaba enorme pastel en forma de torre.

—¡Señores! ¡sírvanse, se lo ruego! Cada cual lo que guste, decía Kononoff. Lo he mandado poner todo sobre la mesa; cada cual escogerá... Platos rusos, nacionales y también extranjeros, ¡todo á un tiempo! ¡Así es mejor! ¿Qué desean? ¿Quién quiere caracoles ó mariscos? Se asegura que vienen de la India...

Zuboff decía á su vecino Maiakín:

—La plegaria para la bendición del barco no se aplica enteramente á un barco de comerciante ó á un remolcador, ó bien se aplica, pero resulta insuficiente... Un barco que hace el servicio de un río constituye la morada habitual del capitán y de los marineros, y por esto debe ser considerada como una casa... Sería necesario, por consiguiente, hacer la plegaria que se dice al colocar la primera piedra de un edificio, más bien que la plegaria para la bendición de un barco... ¿Qué bebes?

—No tengo costumbre de beber vino, sírveme

en cambio una copita de eckauer, respondió Maiakín.

Tomás se había sentado al extremo de la mesa, en medio de individuos desconocidos, modestos y tímidos, y sentía fija en él la mirada penetrante de su padrino.

«Tiene miedo de que cometa algún desaguisado», se decía.

—¡Amigos míos! atronaba la voz del enorme armador Iatchuroff; no puedo dejar indiferente el arenque! Debo empezar por el arenque... es una necesidad del cuerpo...

—¡Vamos, adelante la música! ¡Tocad la *Marcha Persa*!

—Espera. Es mejor *La Gloria del Señor*.

—¡Venga *La Gloria*!

El ronquido de la máquina y el estrépito de las ruedas se mezclaban los acordes de la música, formando un conjunto que recordaba el mugido del viento en una nevasca.

El silbido de la flauta, el canto gangoso de los clarinetes, las gruesas voces de los bajos, el tronar del tambor, se confundían con el rumor sordo y monótono de las ruedas que golpeaban el agua, flotando en el aire, cubrían las voces humanas y seguían al barco, como un huracán, obligando á las personas á gritar con todas sus fuerzas.

A veces la máquina hacía oír su silbido furioso, que ponía en el caos de los gritos, gruñidos y rumores, una nota irritada y despreciativa...

—¡Lo que nunca te perdonaré es haber rehusado descontar mi letra! gritaba alguien con voz ronca.

—¡Basta! ¿Es acaso el momento de hablar de cuentas? suspiró con voz de bajo Zuboff.

—¡Amigos míos!... ¡es necesario pronunciar discursos!

—¡Silencio la música!

—Ven á mi banca, te explicaré porqué no te la desconté...

—¡El discurso!... Un poco de silencio!...

—¡Qué pare la música!

—Tocad el vals de...

—No, no, *Madame Angot*...

—Qué no, es inútil. Jacob Tarassovitch, todos te suplicamos...

—Eso sí que se llam un pastel Strasburgo...

—¡Te lo ruego, te lo ruego!

—¿Un pastel? No se parece pero... voy á probar un poco.

—¡Jarassitch, decidete!

—¡Amigos míos!... Se divierte uno, palabra de honor...

—Y en la *Bella Elena*, amigo, aparece casi desnuda!... chilló la voz aguda de Robustoff.

—¡Espera! Jacobo hizo ó no hizo traición á Esaú? ¿eh?

—No puedo, mi lengua no es un molino y ya no soy joven.

—¡Yasha! ¡todos te lo pedimos!

—¡Concedenos este honor?

—¡Te nombraremos alcalde!

—¡Tarasovitch! ¡no te hagas rogar!

—¡Silencio! ¡Jacob Tarasovitch vá á decirnos unas palabras!

—¡Chist!

En el silencio que se estableció en este momento, se oyó distintamente lo que sigue:

—Si supieses, amigo, lo que pica esa bribona...

—¿En qué sitio? preguntó Bobroff con su voz atronadora.

Una carcajada general acogió aquellas palabras, pero todos se callaron, pues Jacob Tarasovitch acababa de levantarse, había tosido, se había pa-

sado la mano por su cráneo calvo y reclamaba visiblemente la atención de los convidados.

—¡Amigos, seamos todos oídos! anunció Kononoff con satisfacción.

—¡Señores negociantes! empezó Maiakín sonriendo. Los instruidos y los sabios han introducido una palabra nueva en nuestra y lengua, esta es «cultura». Sobre esta palabra quiero disertar con toda la sencillez de mi alma.

—¡Miras altas! exclamó con satisfacción alguno.

—¡Chist! ¡Silencio!...

—¡Señores! continuó Maiakín con voz más fuerte. Los periódicos no perdonan ocasión de decir que nosotros los industriales somos refractarios á la cultura, que no la comprendemos ni siquiera la deseamos. Nos tratan de salvajes y de hombres incultos... ¿Qué es pues la cultura? Tales frases me han parecido inconvenientes á mí que soy un viejo y me he puesto á estudiar esta palabra: ¿Qué quiere decir en realidad?

Maiakín lanzó una mirada circular comprendiendo á todos los invitados y continuó, recalcando las palabras, y con una sonrisa de triunfo en los labios:

—Según mis averiguaciones, esta palabra, que se deriva de culto, sólo significa adoración, es decir amor elevado, por el trabajo y el buen orden de la vida. ¡Bueno! me he dicho. ¡Comprendido! Y puesto que es así el hombre culto es el que ama el trabajo y el orden... que quiere de un modo general, organizar la vida, que ama la vida misma, conoce su propio valor y su precio... ¡Perfectamente!

Jacob Tarasovitch tembló; las arrugas de su fisonomía hicieron un surco desde sus ojos sonrientes hasta la boca y toda su calva cabeza tomó el aspecto de una estrella opaca.

Los comerciantes estaban suspendidos de sus

labios. Silenciosos é inmóviles, permanecían como clavados en los asientos donde les había sorprendido las primeras palabras del discurso de Maia-kin.

—Y puesto que es así y es precisamente así como esta palabra debe ser interpretada, los hombres que nos tratan de incultos y de salvajes nos calumnian y nos injurian! Pues ellos no gustan más que de la forma y no del sentido, mientras que nosotros somos los fervientes de esta palabra en su verdadera acepción, gustamos de lo que constituye la esencia, amamos el trabajo! Somos nosotros precisamente los que poseemos el verdadero culto de la vida, es decir la adoración de la vida y no ellos. Ellos se dan á la discusión y nosotros á la acción... y hé aquí señores negociantes, un ejemplo característico de nuestra cultura, es decir de nuestro amor por el trabajo, éste ejemplo es el Volga! ¡Mirad, este río, nuestro querido padre, que nos alimenta! Cada gota de sus aguas es un testimonio en nuestro honor y protesta contra el insulto que se nos dirige... No han pasado más que cien años, señores, desde que el czar Pedro el Grande botó en nuestro río barcos y pontones, y hoy millares de barcos lo surcan en todos sentidos... ¿Quién, pues, los ha construído? El campesino ruso es un hombre sin instrucción. Todos esos vapores, esas barcas, ¿á quién pertenecen? ¡A nosotros! ¿Quien las concibió? ¡Nosotros! Todo nos pertenece, es fruto de nuestra inteligencia de nuestro ingenio y del gran amor que tenemos por el trabajo.

—¡Nadie nos ha ayudado! Hemos por nuestros recursos propios equipado milicias para destruir el bandidaje del Volga. Y cuando los hemos exterminado, hemos lanzado millares de barcos y vapores á lo largo del río. ¿Cuál es la ciudad más hermosa del Volga? Es aquella en la que los traficantes son

en mayor número... ¿A quién pertenecen las mejores casas de la población? Al traficante. Reune céntimo á céntimo y hace donaciones que se cifran por centenas de millares de rublos... ¿Quién ha construído las iglesias? ¿Quién contribuye más al Estado? ¡Siempre los traficantes señores! Sólo nosotros amamos el trabajo por él mismo, por amor á la organización de la vida en general. ¡Nosotros solos amamos el orden y la vida! ¡Déjemos, pues, hablar á los que dicen mal de nosotros! ¡Tanto peor! El viento sopla, el sauce gime, ¡el viento cae, el sauce queda perenne! No se hacen de él ni escobas, ni varales; es un árbol sin utilidad. De ahí su agitación... y ellos, nuestros jueces ¿qué hacen para embellecer la vida? Nadie lo sabe. Nosotros, al menos tenemos nuestras obras que hablan por nosotros. ¡Señores negociantes! saludo en vosotros á los hombres, que, en la vida, tienen el primer puesto, los hombres más laboriosos que practican su trabajo con amor y que han hecho todo y pueden hacerlo todo. Con todo mi corazón repleto de estimación y de afección por vosotros, levao mi vaso y bebo por el valiente, grande, y laborioso cuerpo de traficantes rusos! ¡Qué Dios prolongue vuestros días! ¡Vivid para mayor gloria de nuestra madre la Rusia! ¡Hurrach... ¡ah!...

A este último grito, lanzado por la voz temblorosa de Maia-kin, la asamblea experimentó un entusiasmo indescriptible y se produjo un estrépito ensordecedor. De todos los pechos de aquellos hombres corpulentos y gruesos, excitados por el vino y los brindis del viejo, partió al unísono un grito tan formidable que todo se conmovió y tembló en el vapor.

¡Jacob Tarasovitch, trompeta del Señor! gritaba Zuboff tendiendo su vaso hacia Maia-kin.

Sin fijarse en las sillas que derribaban ni en las

botellas ó la vajilla que caía cuando empujaban la mesa, los comerciantes se apretaban alrededor de Maiakin, vaso en mano, radiantes de alegría, algunos con lágrimas en los ojos.

—Eh, ¿qué tal? preguntaba Kononoff á Robustoff sacudiéndole por el hombro. ¡Trata de comprender! ¡Son grandes palabras las que acaban de ser pronunciadas!

—¡Jacob Tarasovitch, deja que te abrace!

—¡Llevemos á Maiakin en triunfo!

—¡Venga la música!

—¡La marcha... Persa!...

—Nada de música... ¡al diablo la música!

—¡Nuestra música está ahí! ¡Eh! ¡qué cerebro el de Jacob!

—¡No es de gran estatura, pero sí de talento!

—¡Mientes, Trofim!

—¡Jacob! ¡Pronto vas á morir!... ¡Qué desgracia!

—¡Cuánto dolor dejarás! No te lo puedes imaginar!

—¡Qué funerales se harán!

—¡Señores! ¡Fundemos una obra que lleve el nombre de Maiakin! ¡Yo doy mil rublos!

—¡Silencio! ¡esperad!

—¡Señores! repuso Maiakin sacudido por un gran temblor, lo que aun nos coloca en las primeras filas de la vida y nos da la preponderancia en nuestro país es que somos... campesinos!

—¡Justo!

—¡Está bien! ¡Bravo, viejo!

—Nosotros somos verdaderos rusos y todo lo que proviene de nosotros es puramente ruso. En su consecuencia es lo que hay más utilitario, más justo y es lo que marca deber...

—¡Dos por dos son cuatro!

—¡Claro!

—¡Tiene la sabiduría de la serpiente!

—Y la dulzura...

—Del buitre... ¡ja, ja, ja!

Los traficantes se habían agrupado alrededor del orador en un círculo estrecho. Le miraban con ojos emocionados y no podían oírle hablar sin enternecerse. El rumor de las voces unido al ronquido de la máquina y al golpear de las ruedas en el agua, producía un estrépito que cubría la voz chillona del viejo. La excitación de los traficantes iba en aumento, sus rostros resplandecían de alegría y todos llevaban sus vasos hacia Maiakin; se le golpeaba en el hombro, se le empujaba, se le abrazaba, se le contemplaba con éxtasis. Alguno, en el paroxismo del regocijo, gruñía:

—¡La Kamarinskaya! ¡La danza rusa!

—Nosotros somos los que lo hemos hecho todo, gritaba Jacob Tarasovitch, indicando el río con un movimiento de su diestra. ¡Todo nos pertenece! ¡Hemos sido aquí los promotores, los creadores, los organizadores de la vida!

En aquel instante una voz fuerte, dominando todos los ruidos, resonó en medio del tumulto:

—¡Ah! ¡sois vosotros!...

A tales palabras siguieron insultos groseros pronunciados con voz sorda, pero potente y con acento de fría rabia. Todo el mundo las oyó al mismo tiempo y el silencio reinó de pronto. Todos buscaban con la mirada á quien les había insultado. Durante algunos segundos no se oyeron más que los suspiros de la máquina y el chirrido de las cadenas del timón.

—¿Quién nos insulta así? preguntó Kononoff frunciendo las cejas.

—¡Ay de mí! ¡no podemos conducirnos bien! suspiró Reznikoff afligido.

—¿Qué significan todas estas injurias extemporáneas y sin razón? ¿Quién ha hablado?

Los rostros de los comerciantes expresaban inquietud, curiosidad, irritación y todos se agitaban torpemente en sus sitios. Jacob Tarasovitch solo estaba tranquilo y aun parecía satisfecho de lo que acababa de ocurrir. De puntillas, el cuello extendido hacia adelante miraba el extremo de la mesa y sus ojos relucían como si hubiesen visto algo especialmente agradable.

—Gordeieff... dijo levemente Iona Iuchkoff.

Todas las cabezas se volvieron en la dirección que seguía la mirada de Maiakín.

Tomás se mantenía de pie, las dos manos apoyadas sobre la mesa. La fisonomía descompuesta por la cólera, los dientes apretados, mirando cara á cara en silencio á los traficantes, con sus ojos ardientes, de pupilas dilatadas. Su mandíbula temblaba, sus hombros eran sacudidos por un temblor nervioso y sus dedos crispados sobre el borde de la mesa se clavaban en el mantel en un movimiento nervioso.

Ante aquella actitud irritada y aquella expresión de fiera, el silencio se estableció de nuevo entre los comerciantes.

—¿Qué ocurre, por qué arrugáis así el entrecejo? preguntó Tomás, acompañando esta pregunta de infinidad de injurias.

—¡Está ebrio! dijo Bobroff, moviendo la cabeza.

—¿Para qué haberle invitado? murmuró levemente Reznikoff.

—¡Tomás Ignatitch! dijo Kononoff reposadamente. Es necesario tener formas... Si por casualidad... se va la cabeza... vete y acuéstate, amigo mío. Acuéstate, querido, y...

—¡Cállate! rugió Tomás devorándole con la vista. ¡Te prohíbo hablarme! No estoy borracho, soy el

único que tiene completa su razón, aquí! ¿Has comprendido?

—¡Espera un poco! ¿Quién te invitó á venir? le preguntó Kanonoff palideciendo bajo la afrenta.

—Yo le he traído, dijo Maiakín.

—¡Ah! ¡Oh! entonces... es diferente... Dispénsame Tomás Ignatitch... Pero puesto que eres tu quien lo has traído, Jacob, tú eres el encargado de calmarle... De otro modo es imposible...

Tomás se callaba y sonreía. Los comerciantes no decían nada tampoco.

—¡Eh, Tomás! exclamó Maiakín. Deshonras una vez más mis canas...

—Padrino, dijo Tomás mostrándole los dientes. No he hecho nada, aun no es hora de sermonear... No estoy borracho, no he bebido nada, no hago más que escuchar... Señores comerciantes, ¿queréis permitirme algunas palabras? Mi muy estimado padrino ha hablado... escuchad ahora al ahijado...

—¿Para qué discursos? dijo Reznikoff. ¿Para qué hablar? Nos hemos reunido para divertirnos...

—Déjate de eso, Tomás Ignatitch...

—Bebe más bien...

—¡Bebamos!... ¡Ah, Tomás! ¡eres el hijo de un padre admirable!...

Echándose atrás é irguiendo su alta estatura, Tomás escuchaba, sonriente, aquellas palabras conciliadoras. Era el más hermoso y el más joven de todos los hombres allí reunidos. Su cintura elegante ajustada por la levita, se destacaba de la masa de cuerpos obesos y barrigudos. Su rostro moreno, sus grandes ojos, sus rasgos regulares, todo su aspecto vigoroso y sano contrastaba con los rostros colorados y ajados que tenía delante y en los que se leía en aquel momento la ansiedad y la perplejidad.

Sacó el pecho, apretó los dientes, desabotonó su levita y hundiendo ambas manos en sus bolsillos:

—Ya no es hora de cerrarme la boca por halagos y cumplimientos, dijo, decidido y amenazador. Escuchadme ó no escuchéis yo seguiré hablando á pesar de ello... No se puede expulsarme de aquí...

Hizo una señal con la cabeza, levantó los hombros y declaró tranquilamente:

—Pero si alguno intenta tocarme con la punta del dedo, lo mato. ¡Lo juro por cuanto más sagrado existe... mataré á todos los que pueda!...

Un temblor comunicóse á la asistencia como una ráfaga de viento que pasa por un bosque. Murmullos de inquietud se dejaron oír.

El rostro de Tomás se obscureció, sus ojos se agrandaron.

—Aquí se ha tratado de la vida que habéis pretendido organizar, y se ha dicho que vuestra obra es justa y buena...

Tomás exhaló un profundo suspiro y paseó sobre los auditores una mirada de odio.

Todos tenían rostros extrañamente descontentos, como inflados.

Los traficantes se callaban y se unían más aun los unos contra los otros. En las ultimas filas alguno murmuraba:

—¿Con qué objeto dice eso? ¿eh?... Acaso comenta las Escrituras ó bien va á hablar de su propio caletre?

—¡Oh! ¡miserables! exclamó Gordeieff moviendo la cabeza. ¿Qué habéis hecho? No habéis organizado la vida, habéis hecho de ella una prisión... No es el orden el que habéis introducido, son cadenas que habéis remachado con las manos de los hombres. En vuestro medio no se respira, no hay movimiento, no se puede un hombre revolver. ¡Allí se perece! no sois más que asesinos... ¡Tenéis que comprender que si existís aun es sólo debido á la misericordia de los hombres!...

—¿Qué significa eso? exclamó Reznikoff indignado. ¿Iliá Efimovitch, qué es eso? Yo no quiero oír tales palabras...

—¡Gordeieff! gritó Bobroff ¡Ten cuidado! Lo que dices está fuera de sitio...

—¡Se pagan caros esos discursos! dijo Zuboff severamente.

—¡Silencio! rugió Tomás y sus ojos se inyectaron en sangre. ¿Acaso los cerdos tienen derecho á gruñir?

—¡Señores! dijo Maikin y su voz tranquila y odiosa sonaba desagradablemente como una lima que raspa hierro. No le toquéis... os lo suplico... no le contrariéis... dejadle gritar... eso le alivia... Sus palabras no os insultarán...

—¡Oh! ¡no! ¡gracias! exclamó Iuchtoff.

Smolin que se encontraba al lado de Tomás le murmuraba al oído:

—¡Cállese, amigo mío! ¿Ha perdido V. la cabeza? Van á...

—¡Déjame! respondió Tomás con firmeza echándole una mirada furiosa. ¡Vete al lado de Maiakin, lámele las manos, y ganarás sin duda algunos rublos!...

Smolin se puso á resoplar entre sus dientes apretados y se alejó. Todos los traficantes empezaban á dispersarse por el barco. Tomás sintió el golpe: habría preferido clavarles en sus sitios con sus palabras y no las encontraba bastante fuertes...

—¡Decís que habéis organizado la vida! gritaba él; pero ¿quien sois? Una porción de bribones, de ladrones...

Varios se volvían como si se les hubiese llamado por sus nombres.

—¿Kononoff, te van á juzgar pronto á causa de la niña? Te verás condenado á trabajos forzados! adiós, ¡Iliá! Es bien inútil construir tan hermosos

barcos... Te llevarán á Siberia por cuenta del Estado...

Kononoff desplomóse como una masa sobre la primer silla que encontró. Su rostro se puso violáceo y no tuvo más que la fuerza de amenazar á Tomás con el puño.

Articuló con voz ahogada:

—Bueno... Bueno... no lo olvidaré...

Cuando Tomás vió aquella cara descompuesta y aquellos labios temblorosos, comprendió en seguida, de que arma se debía valer para atacar á aquella gente con golpe certero.

—¡Ja, ja, ja! ¡Organizadores de la vida! ¿Gontchin, sigue dando limosna á tus sobrinos? Dales un céntimo por día... ya que les has pellizado una buena porción, sesenta mil rublos, es una linda suma... ¡Bobroff! ¿Por qué has acusado á tu querida de haberte robado y por qué la has hecho aprisionar? Si ya tenías bastante, haberla pasado á tu hijo... se habría encargado bien de ella, él, que ahora es el amante de tu nueva querida... ¿Cómo no lo sabía? ¡Eh! gran cerdo... ja, ja, ja!... y tu Lobo, abre de nuevo una casa de prostitución y saquea á los clientes cómodamente; mas tarde el diablo se encargará de saquearte á su vez, ¡ja, ja, ja! ¡Con esa faz de devoto es cómodo el ser un granujal! ¿A quién asesinaste antaño, Lobo?...

Tomás recalcaba sus improperios con malévolas sonrisas, y veía que ahora cada palabra daba en el blanco. Después de oírle largo tiempo, se habían simplemente apartado de él, con miradas despreciativas ó furiosas. Había podido ver en sus sonrisas, adivinar en cada uno de sus gestos el desdén que les inspiraba, y se había dado cuenta de que, aunque molestándoles, sus palabras no llegaban á tocar el punto sensible. Había sentido con amargura que su ataque fallaba y su cólera caía poco á poco.

Pero apenas les hubo enfrentado individualmente, la situación cambió de efecto.

Cuando Kononoff se había dejado caer sobre una silla bajo el apóstrofe de Tomás, este había percibido un resplandor de alegría maligna en los ojos de los asistentes. Había oído un murmullo de aprobación y de sorpresa:

—¡Buena puntería!

Aquella exclamación duplicó las fuerzas de Tomás con una seguridad apasionada se puso á lanzar sus acusaciones, sus burlas á la faz de todos los que encontraba su mirada.

Enrojecía de alegría ante el efecto producido por sus palabras. Se le escuchaba en silencio y aun con recogimiento. Varias personas se le aproximaron. Débiles protestas, formuladas en voz baja, ensayaron alzarse, pero desde que Tomás apostrofaba á alguno por su nombre venía el silencio y todos dirigían miradas satisfechas sobre aquel que se encontraba interpelado aquel momento. Bobroff reía de un modo macabro y sus ojillos llenos de rabia se hundían como puñales en los de Tomás. Reznikoff agitaba los brazos, y repetía con voz ahogada:

—Todos sois testigos... ¿Qué significa todo esto? No, no quiero tolerar cosas semejantes. La acusación por difamar... ¿Qué quiere decir todo eso?

Y exclamó de repente, con voz penetrante, brazos tendidos hacia Tomás:

—¡Es loco de atar!

Tomás reía á carcajadas.

—¡No llegarás á ahogar la verdad! Si consigues atarme, no conseguirás que me calle.

—¡Ved ahí, señores comerciantes! decía Maiakín con voz metálica. Todos podéis juzgarle en su propio valor.

Los traficantes se enardecían y se aproximaron á Tomás. Sus rostros expresaban la cólera, la ad-

miración, una alegría maligna mezclada de temor.

Entre los individuos sin importancia y modestos que se encontraban en la mesa al lado de Tomás, alguno murmuró:

—¡Está muy bien hecho! ¡Dios se lo premie! No llevan lo que se merecen... Allá arriba es lo dirán...

—¡Robustoff! gritaba Tomás. ¿De qué te ríes? ¿De donde proviene tu alegría? No te librarás tampoco de ir á presidio...

—¡Tirémosle por tierra y arrojémosle en la orilla! gritó Robustoff irguiendo su cuerpo.

Kononoff daba ya la orden al capitán de volver atrás para ir derechamente en busca del gobernador.

Alguno declaró con convicción y con voz que la emoción hacía temblar que aquello era cosa premeditada.

—Ya lo creo, ¡esto es el principio de una protesta!

—¡Es menester atarle, eso es todo, atarle de pies y manos!

Tomás cogió una botella de champagne y la agitó por encima de su cabeza.

—¡Ensayad, pues! ¡Ah! ¡me oiréis hasta el final!

Y volvió á empezar de nuevo á cubrirles de injurias descubriendo sus infamias, llamándoles por sus nombres, experimentando una especie de voluptuosidad feroz al verles descompuestos, con espumarajos de rabia, al escuchar sus improperios. El ruido cesó.

Las personas que Tomás no conocía le miraban con ávida curiosidad. Parecían aprobarle y algunos tenían en el rostro una expresión de alegre admiración. Un vejete de mejillas escarlata y ojos de ratón, se dirigió de pronto á los traficantes y les dijo, cantando, con voz melosa:

—Estas son palabras que vienen de la conciencia. ¡Esto es bueno! Es necesario saber soportarlas... Es como la acusación del profeta... Hay que confesarlo, lo que está diciendo es la verdad, nosotros somos grandes pecadores...

Se le silbó. Zuboff le cogió por el hombro y lo sacudió. El hizo un profundo saludo y se perdió entre la muchedumbre.

—Zuboff, repuso Tomás, ¿sabes el número de los que has arruinado? ¿Ves tú á veces en tus sueños á Juan Pedro Miakinnikoff que se ahorcó por causa tuya? ¿Es cierto que todos los domingos robas diez rublos en la iglesia del cepillo de los pobres?

Zuboff no esperaba el ataque y se detuvo como petrificado, el brazo levantado. Después chilló con voz aguda y dando un salto cómico:

—¿Te metes conmigo? ¿Conmigo también?

E inflando de repente sus mejillas con aire de dignidad, extendió el puño hacia Tomás, y exclamó:

—¡El insensato! ¡En su locura afirma que Dios no existe! Voy á ir á casa del obispo... ¡Miserable! ¡Mereces el presidio!

El tumulto aumentaba. En vista de aquellos rostros odiosos, corajudos, humillados, Tomás producía el efecto de un gigante destruyendo monstruos. Todos se agitaban, gesticulaban, hablaban á la vez, los unos rojos de cólera, los otros amarillos, pero igualmente impotentes para detener al raudal de sus improperios.

—¡Haz venir á los marineros! gritaba Reznikoff tirando á Kononoff de la manga. ¿Qué tienes, Iliá? ¡Eh! nos has invitado para dejarnos insultar.

Alrededor de Jacob Tarasovitch una muchedumbre silenciosa escuchaba y aprobaba con inclinaciones de cabeza.

—¡Vaya, obra tú, Jacob! decía Robustoff. Todos seremos testigos en caso de necesidad... ¡decidete!

Y la voz vengativa se llevaba despiadada, dominando el tumulto y los gritos.

—¡No habéis organizado la vida, habéisla convertido en una en un pozo de inmundicias! ¿Tenéis siquiera conciencia? ¿Pensáis en Dios alguna vez? ¡El becerro de oro, ese es vuestro Dios! Habéis tirado la conciencia... ¿qué habéis hecho de ella? ¡Asesinos! Vivís del esfuerzo de los demás... Aprovechais la fatiga y el esfuerzo de vuestro prójimo... Pero ya lo expiaréis... ¡Cuando os muráis, todo os será contado! Todo, hasta la más mínima lágrima... y numerosos son los que han llorado gotas de sangre sobre vuestros corazones cínicos... ¡Ah, miserables! el infierno mismo es demasiado bueno para vosotros. No os quemaréis por el fuego, sino que herviréis en el fango... Siglos de tortura no os purificarán... El diablo os arrojará mezclados en tinas y echará sobre vosotros ¡ja, ja, ja! verterá ¡ja, ja, ja! señores, honrados comerciantes... organizadores de la vida... ¡demonios!...

Tomás se apretaba la cintura, la cabeza echada atrás. Reía convulsivamente.

En aquel momento varios hombres juntos se arrojaron juntos sobre él y le derribaron con su peso. Una lucha se siguió...

—Ya le tenemos, dijo una voz ahogada.

—¡Ah! ¡de esta manera! resollaba Tomás.

Durante varios segundos un montón de cuerpos negros voceaban; exclamaciones sordas se escapaban:

—¡Echale al suelo completamente!

—¡Sostenle la mano!... ¡la mano! ¡oh!

—¡Ah! ¡Me tiras de la barba!

—Traed servilletas pronto... Vamos á atarle con servilletas...

—¡Muerde!...

—¡Toma! ¡esta es para tí!...

—¡No peguéis! ¡Te prohíbo pegar!...

—Ya está...

—¡Es rudamente fuerte!

—Transportémole aquí... hacia las bordas...

—Al fresco... ¡ja, ja, ja!...

Se arrastró á Tomás por el puente y se le dejó tendido á lo largo del camarote del capitán.

Los fabricantes se alejaron, limpiándose el sudor del rostro y poniendo en orden sus trajes.

Allí yacía Tomás, destrozado por la lucha y la humillación de la derrota, silencioso, la ropa desgarrada, sucia, los brazos y las piernas sólidamente atados con servilletas. Sus ojos inyectados en sangre, eran en aquel momento redondos. Fijaba en el cielo una mirada atontada y sin expresión, como la de un idiota. Su pecho se levantaba por intervalos desiguales, con respiración trabajosa.

Los fabricantes iban á tomar la revancha. Zuboff fué quien empezó. Se aproximó á Tomás, le dió con el pie y dijo con dulzura, regocijado de poder tomar venganza:

—¡Veamos, gran profeta! ¿Aprecias ahora las dulzuras de la cautividad? ¡ja, ja, ja!

—No te precipites demasiado... replicó Tomás con voz ahogada y sin mirarle. Espera... déjame respirar... No podéis atarme la lengua...

Pero Tomás comprendía que no podía hacer nada. Y esto, no porque estuviese atado, sino porque el fuego que ardía en él estaba apagado y su alma devastada, negra como una tumba.

Reznikoff se unió á Zuboff. Después Bobroff, Kononoff y otros se retiraron á la popa con Maïakin; hablaban con animación, pero muy quedo.

El barco se dirigía á todo vapor en dirección de la ciudad. La trepidación de la máquina hacia sonar los vasos y las botellas y el choque del cristal era lo que Tomás percibía distintamente. A su al-